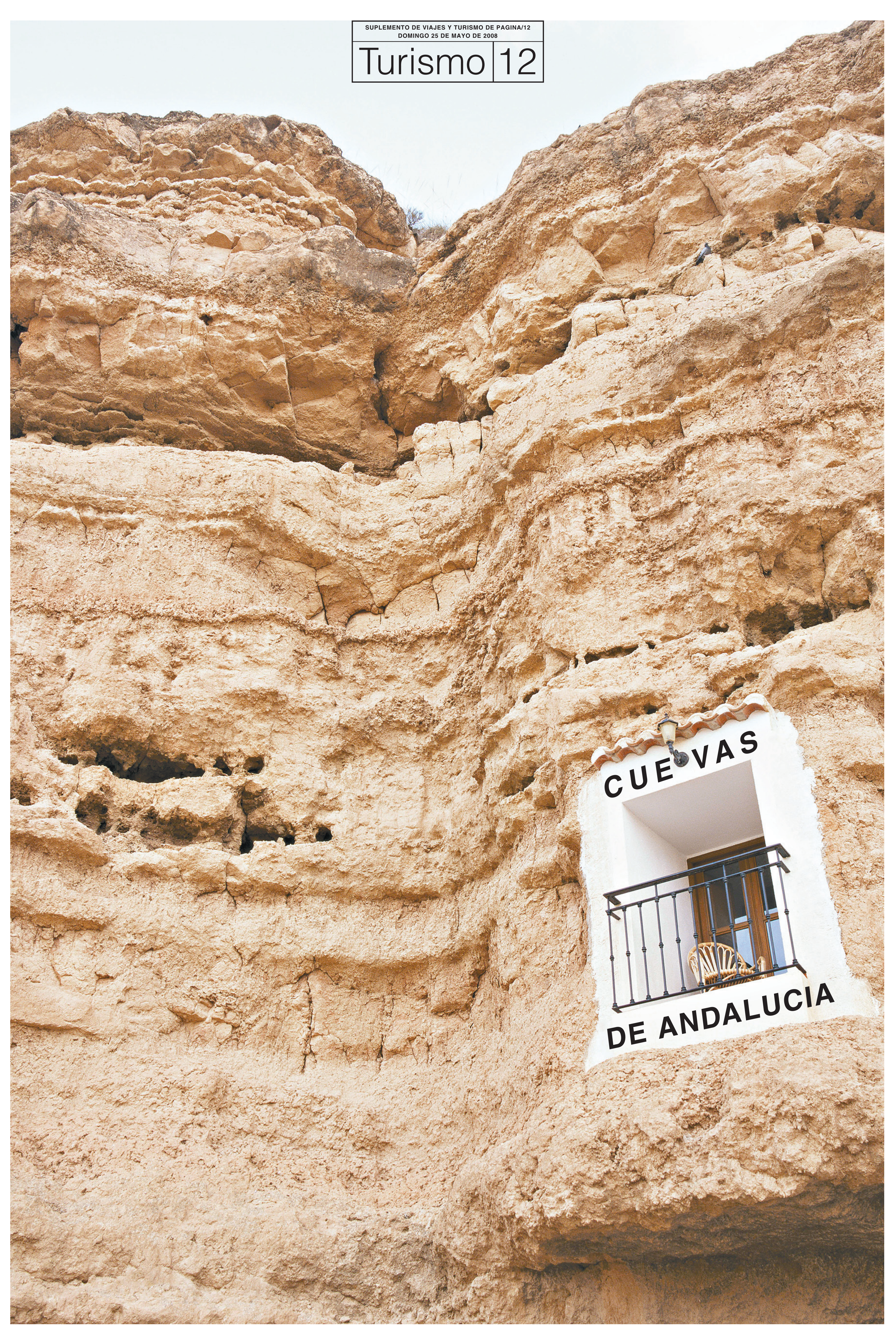
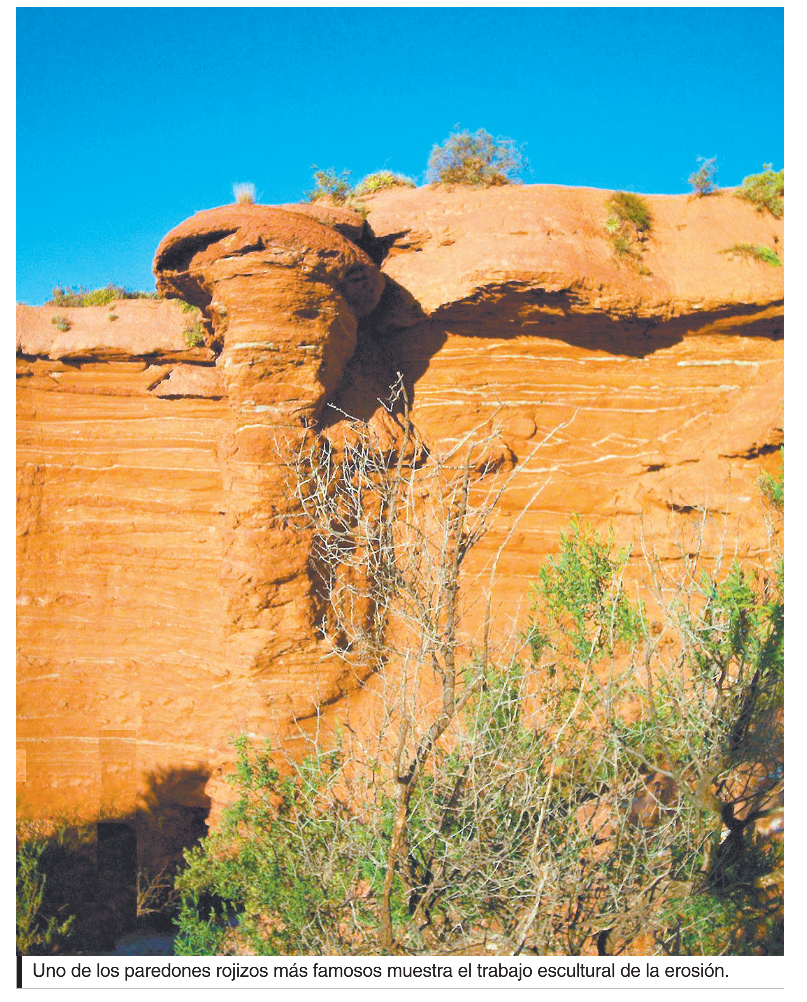
SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 25 DE MAYO DE 2008
Turismo 12



De Guadix a Granada, un recorrido por las casas-cueva cavadas en las montañas del sur de España.


Uno de los paredones rojizos más famosos muestra el trabajo escultural de la erosión.


¿Aquí o allá? Las Quijadas se asemejan a las famosas Rocallosas de América del Norte.

SAN LUIS *Sierras de las Quijadas*

Las Rocallosas puntanas

El Parque Nacional Sierras de las Quijadas es un extraordinario escenario natural. Ubicado a una hora de la ciudad de San Luis, su ancestral grieta sedimentaria se extiende a lo largo de 35 kilómetros. Desde el imponente Potrero de la Aguada, excursiones y sorpresas por los pliegues montañosos que se levantaron hace 25 millones de años.

TEXTO Y FOTOS: PABLO DONADIO

La primera impresión es que todo es inmenso allí abajo. Y lo extraño tal vez es que esa enormidad no se contempla por encima, ni siquiera a nivel del piso, como suele ocurrir con las montañas, los lagos o el mismo mar: aquí el asombro llega desde las propias entrañas de la tierra. Los pliegues montañosos, sus ríos internos, los paisajes de llanuras y las extensas mesetas que atesoran vestigios del pasado, son una experiencia inolvidable en el Parque Nacional Sierra de los Quijadas. Allí se conservan ambientes representativos "del Chaco Arido y del Monte, además de yacimientos arqueológicos y paleontológicos", según explican técnicos de la Administración de Parques Nacionales, que resaltan su riqueza natural. Ubicado al noroeste de la provincia de San Luis, en los departamentos Belgrano y Ayacucho, abarca una superficie de 150.000 hectáreas. En cuanto a su formación, muchos expertos aseguran que se asemeja (aunque en mucho menor tamaño) a las famosas Rocallosas, ese imponente sistema montañoso del sector occidental de América del Norte.

LA GRIETA ROJA La Sierra de las Quijadas se encuentra en el Bolsón de las Salinas, un área donde nacen rocas sedimentarias, ígneas y metamórficas de edades muy variadas. Ese conjunto de pliegues rojizos que se ven no bien se llega se elevó hace 25 millones de años, y aunque de manera imperceptible para el hombre, este avance aún continúa. En el pasado, una vez que el plegamiento originó la formación, la erosión del agua y el viento hicieron lo suyo, generando las quebradas y valles de cortes sedimentarios que hoy se aprecian. Cuenta la historia más reciente que la primera idea conservacionista de la zona vino de parte de un lugareño de San Luis, don Román Guiñazú, naturalista que investigó los recursos naturales de la zona en la década del 30. Así nació el Proyecto de Parque Nacional de Sierra de las Quijadas, que se transformaría en el primer antecedente técnico para la conservación de la diversidad ambiental, su utilización como refugio de especies amenazadas y la protección de yacimientos paleontológicos y arqueológicos.

ANTIGUOS POBLADORES
Hablar de sus habitantes originarios implica hacer hincapié en los restos de la antigua población de huarpes cuyanos. Y casualmente del grupo puntano es del que menos información se tiene. Se sabe sin embargo que estaban divididos en tres grandes grupos lingüísticos que eran muy afines entre sí, y que llevaban una vida sedentaria y aferrada a su tierra: cultivaban el suelo con maíz y quinoa, y cosechaban algarroba con la que elaboraban patay y chicha, costumbres que aún se mantienen en el altiplano boliviano. Se alimentaban de peces y eran buenos para la caza de animales como el venado. Sus viviendas no se diferenciaban del resto de los primeros habitantes de nuestro suelo, recurriendo a la piedra de montaña para cada edificación. Eran prácticos para contener el agua en cerámicas que ellos mismos fabricaban, y adoraban a una divinidad conocida como Hunuc-Huar, invocada para satisfacer sus necesidades. Como etnia ocuparon la parte central de los territorios que hoy corresponden no sólo a San Luis sino también a las provincias de San Juan (huarpes Allentiac del norte) y Mendoza (huarpes Millcayac del sur).

El Parque Nacional Sierra de las Quijadas preserva numerosas evidencias de las poblaciones originarias, especialmente en el sector pedemontano de las sierras. Cerca de la entrada se encuentra un sector donde se agrupa una docena de "hornillos", correspondientes a un gran asentamiento de huarpes. Algunos estudios explican que esos hornos (uno de ellos se encuentra a la vista del turista) habrían funcionado para la producción de piezas cerámicas, aunque otros sostienen que se usaban para cocinar alimentos.

LA LLEGADA AL PARQUE
Saliendo de la ciudad de San Luis, se deben recorrer 120 kilómetros hasta el paraje de Hualtarán, una zona donde se concentra la principal infraestructura, con varias casas y una escuela rural. Allí se toma un camino de tierra que se interna unos ocho kilómetros hasta el Potrero de la Aguada, donde empieza la experiencia. El enorme anfiteatro natural de intrincados laberintos rocosos, rodeado de paredes de areniscas y aglomerados rojizos, ha sido labrado por la erosión de miles y miles de años. Alcanza con

DATOS UTILES

■ **Cómo llegar** Aerolíneas Argentinas (*www.aerolineas.com.ar*/ 0810-222-86527) tiene vuelos Buenos Aires-San Luis que tardan una hora y media y parten los martes, jueves y sábados, a las 11. Las tarifas son de $682 más impuestos, ida y vuelta. Una vez en San Luis hay transportes directos hasta el parque nacional. En ómnibus, desde la Terminal de Retiro (*www.tebasa.com.ar*). En auto y desde Buenos Aires, se debe partir por Autopista del Oeste hasta Luján, y de allí tomar la ruta 7 hasta San Luis, paso previo por Villa Mercedes.
■ **Dónde dormir** En el Parque Nacional Sierras de las Quijadas se puede acampar con previo aviso al guardaparque. Si se busca más comodidad lo ideal es llegar a San Luis o a Villa Mercedes, ciudades con numerosa oferta de alojamiento, donde hay tarifas razonables en hoteles, cabañas y hosterías.
■ **Más información** Administración de Parques Nacionales: *www.parquesnacionales.gov.ar* Página oficial de la provincia de San Luis: *www.sanluis.gov.ar*, Casa de la Provincia de San Luis en Buenos Aires: *1casasanluisbsas@sanluis.gov.ar*, (11) 5778-1621/65.



El parque está en el Bolsón de las Salinas, área de rocas sedimentarias y metamórficas.



La villa de Merlo vista desde lo alto, donde el parapente hace sus delicias.

hacer silencio un rato y escuchar el sonido del viento correr en esos pasajes de roca.

En la entrada está ubicada la Oficina de Censo y Control de la Administración de Parques Nacionales, donde puede planificarse la excursión (aunque se recomienda hacerlo antes) con los guardaparques, y se debe avisar si se va a acampar. De allí en más se puede salir con algún guía por los muchos caminos permitidos y por un bono de alrededor de $10. Otra opción es tomar nota de dos senderos peatonales de miradores, ideales para los visitantes que decidan la aventura propia. Un poco más adelante se encuentra el sector para acampar, exactamente donde funciona una proveeduría que, como el resto de los servicios, no siempre se encuentran abiertos, por lo cual es recomendable averiguar todas estas cuestiones en el ingreso. Si la proveeduría está cerrada, hay que hacer lo que hacen muchos lugareños: ir al pueblo de San Antonio, ubicado a 20 kilómetros al sur.

DE PASEO Buen calzado, ropa liviana y protección solar alcanzan para salir a disfrutar de las profundidades. Las excursiones de medio día a Las Huellas del Pasado y Los Guanacos, son una perfecta muestra de lo que el lugar puede ofrecer. Las salidas se realizan bajo la supervisión de guías, aunque no es obligatoria su contratación. Miradores, cuya llegada ocupa algo más de una hora, el Circuito Huellas de los Dinosaurios (dos horas) y Los Farallones (cinco horas), completan las alternativas junto a una serie de excursiones guiadas desde la Ciudad de San Luis y Merlo, muy requeridas en época de vacaciones. Es cierto que la atención corresponde a todo lo que pasa en las descendentes laderas, en los ríos y fallas que se encuentran metros abajo, pero en medio de las sierras está el cerro Portillo –1250 metros sobre el nivel del mar–, ubicado en el punto más elevado de los farallones al sur del Potrero de la Aguada. Llegar a sus pies y mirar hacia arriba genera una impresión mucho más desafiante que la que se obtiene desde lejos.

SECO PERO NO TANTO De fauna similar a la que existe en la estepa patagónica, las Quijadas goza de un clima subtropical, con frecuente vegetación "norteña" donde brillan los cardonales, algarrobos, quebrachos blancos y chicas, un pequeño árbol de madera dura y crecimiento lento, que se levanta retorcido junto a los paredones de piedra. Sus nutritivas semillas fueron utilizadas por los aborígenes, y aún hoy los habitantes cercanos las utilizan y tuestan para hacer café.

Otras especies de arbustos como la jarilla, el garabato, la brea, tunas, puquis y haguares, combinan su atractivo con los siempre bellos claveles del aire. Pero no todo es piso árido y madera dura: al oeste de la sierras el río Desaguadero ha creado una gran llanura de inundación en la que se encuentran bosquecillos de chañar y plantas más verdosas. Este ambiente ha posibilitado la presencia de anfibios, reptiles, aves y mamíferos. Se piensa que el Desaguadero fue originalmente parte del sector sudoriental de 25 lagunas Guanacache o Huanacache, unos bañados intercomunicados y con abundantes islas, que estaban rodeados de tierra fértil y que abarcaban un área de unos 2500 kilómetros. Desde 1999 estos sitios pertenecen al sistema Ramsar, cuyo objetivo es la recuperación de este tipo de espacios. El avistamiento de fauna no es tarea fácil, ya que su presencia se ha reducido por la caza y el crecimiento del turismo. Pero escogiendo los senderos adecuados y haciendo silencio, es posible ver guanacos, pecaríes de collar, conejos de los palos o maras (las liebres patagónicas). Incluso algunas especies como la tortuga de tierra (en extinción), el halcón peregrino, el águila coronada y el cardenal amarillo, que están especialmente protegidos.

LA VISITA IMPERDIBLE

Si se llega a tierras puntanas es casi un pecado no conocer la villa de Merlo, el centro turístico por excelencia de San Luis, ubicada al noreste de la provincia, sobre la falda occidental de la Sierra de Comechingones, el límite natural con Córdoba. Desde cualquier lado donde se esté, su desnivel brindará una postal entrañable del magnífico valle de Concarán. Una vez en la ciudad, a casi 900 metros sobre el nivel del mar, también se podrá apreciar el relieve montañoso y la belleza de sus paisajes naturales. Ese marco es el que atrae a los visitantes que suelen combinar la tranquilidad y el descanso con la práctica de trekking, cabalgatas, rappel y el fabuloso parapentismo. Acampar cerca de los arroyos Piedra Blanca o del Tigre es otra gran tentación junto a la pesca deportiva, por las excelentes truchas que se pueden capturar en la zona alta de las sierras. Aguas abajo, numerosos saltos, cascadas y baños terminan por conquistar al turista. En materia gastronómica las truchas serán nuevamente protagonistas, preparadas en docenas de formas diferentes por las prodigiosas manos de los dueños de los paradores de campo.

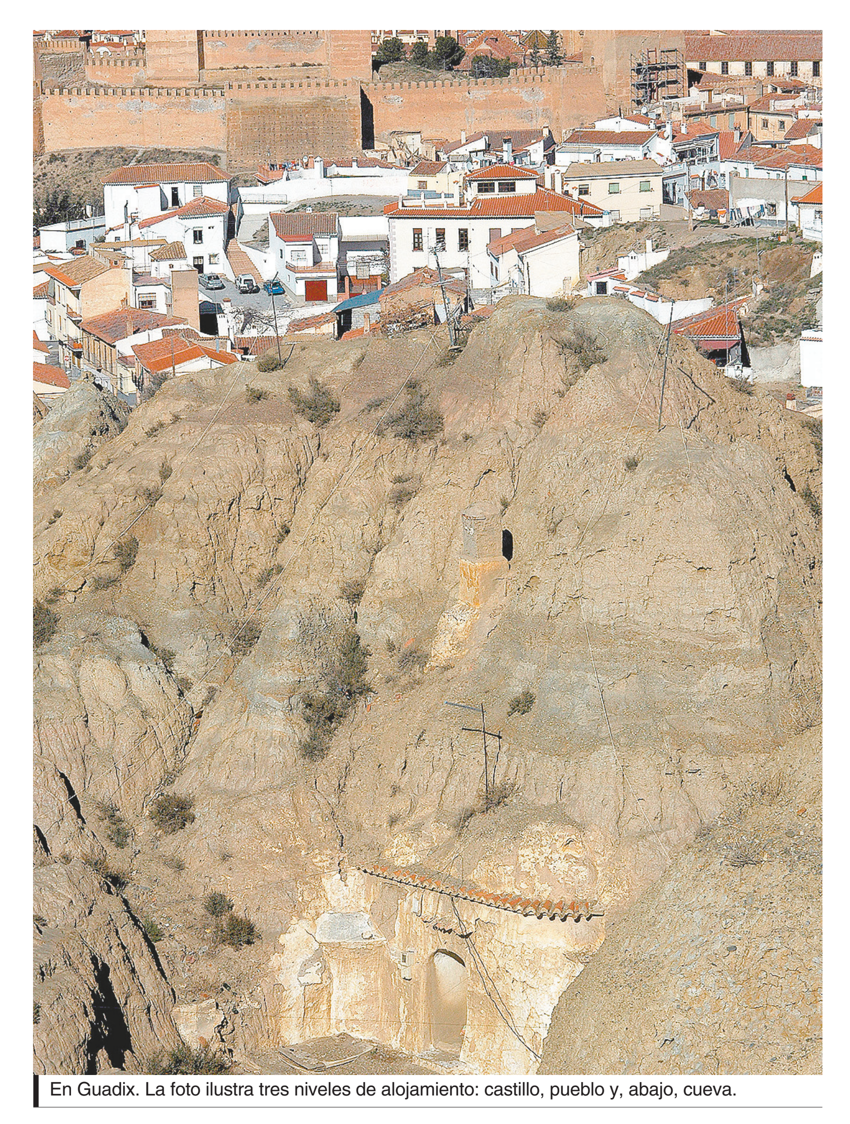
Noticiero

Invierno y Nieve 2008

La operadora mayorista de turismo Rolling Travel presentó en Córdoba junto a la Cámara Argentina de Centros de Ski la temporada invernal de nieve argentina. Esta primera edición en formato de Workshop convocó a 120 agentes de viajes de Córdoba y provincias limítrofes, además de la prensa local. Estuvieron presentes los principales centros de esquí de Argentina: Cerro Catedral, Cerro Chapelco, Cerro Castor, Las Leñas, Cerro Bayo y La Hoya. A modo de anticipo se difundieron como precios para este invierno paquetes a Chapelco por $1299 (bus base cuádruple, alojamiento por siete noches, desayuno, traslados); $2455 en Las Leñas (bus, traslados, alojamiento por siete noches base quíntuple, medios de elevación por siete días) y $4400 en el Cerro Catedral (incluye aéreo desde Buenos Aires, traslados, alojamiento base cuádruple y seis días de medios de elevación).

La Rioja hacia la Ruta del Vino

La provincia de La Rioja comenzó a desarrollar su propia Ruta del Vino, que tendrá una extensión de 460 kilómetros, con epicentro en la localidad de Chilecito, donde se concentra el 75 por ciento de las bodegas. La Ruta del Vino Riojano es un circuito por el interior de la provincia, donde el enoturismo se enlaza con otras actividades, como su arquitectura, sus paisajes y su riqueza cultural. Estos paseos no abarcan exclusivamente a los grandes productores de vino, y está dividido en tres partes. El primero va desde la capital hasta Santa Cruz, que es la última localidad del departamento de Castro Barros. El segundo incluye la destilería, que se extiende desde Los Sauces hasta Pituil, un pueblito donde se puede aprender cómo los pequeños productores hacen la grapa o el vino patero. En el último, se muestra la tecnología de producción desde Chilecito hasta Chañarmuyo.


En Guadix. La foto ilustra tres niveles de alojamiento: castillo, pueblo y, abajo, cueva.


Flamenco en el Tablao Los Tarantos, famosa cueva del Sacromonte de Granada.

TEXTO Y FOTOS:
JULIAN VARSAVSKY

ESPAÑA *Las casas-cueva de Granada*

Andaluces troglod

En el siglo XVI los moriscos comenzaron a cavar sus casas-cueva en los cerros de Andalucía. Más tarde fueron casas gitanas donde reinaba el flamenco. Con los años, muchas se han convertido en hoteles y hasta en casas de ricos. En Granada y en el pueblo de Guadix, un recorrido por el mundo troglodita.

En una histórica encrucijada de caminos entre el Levante español y Andalucía está la comarca de Guadix y El Marquesado, famosa por sus recoletos pueblos blancos con restos de alcazabas moras, murallas y estrechas callejuelas. Fue en tiempos del califato de Córdoba –entre los siglos XI y XII–, cuando surgieron allí los primeros covarrones medievales cavados en la montaña. Más tarde, en el siglo XVI, esas cuevas fueron ocupadas por los moriscos –musulmanes cristianizados a la fuerza so pena de destierro–, al ser desplazados de la Medina amurallada luego de un levantamiento contra el gobierno de la Reconquista. Y cuando en el siglo XVII, Felipe III expulsó definitivamente a los moros de España, las casas-cueva pasaron a manos de españoles llegados de otras regiones de la península.

La siguiente etapa de expansión de los barrios cueva se produjo en la primera mitad del siglo XX, básicamente como casas de campesinos pobres. Los encargados de "construir" estas casas eran los maestros de pico de Andalucía que, con un equipo de dos o tres peones, se desplazaban de un pueblo a otro. Tardaban alrededor de un mes en excavar una cueva de cuatro habitaciones, a pura fuerza de un pico de punta fina.

Para conocer la cotidianidad de aquella "cultura troglodita" hay que visitar las casas-cueva reconvertidas en museo del pueblo de Guadix –a 60 kilómetros de Granada– y en el Museo Cuevas del Sacromonte en Granada.

CUEVA MUSEO DE GUADIX

El recorrido comienza en una placeta donde hay un pozo para extraer el agua, que da paso a un portillón con dos hojas horizontales a modo de ventana. El primer ambiente es un portal conectado a las habitaciones que se iban cavando a medida que crecía la familia. En este caso no había puertas sino cortinas que resguardaban una cierta intimidad. Las paredes –igual que ahora– se encalaban y sólo tenían un pequeño ventanuco sin vidrio en la cocina, lo suficientemente grande como para que entrara la luz, pero no demasiado para evitar el frío. De todas formas, uno de los aspectos que han hecho tan habitables las casas-cueva es que mantienen una temperatura entre 18 y 20 grados, independientemente de la época del año.

La visita continúa por la marranera, un espacio dentro de la casa donde se guardaban los cerdos. Allí se ven una caldera de bronce para cocer butifarras, una embutidora para rellenar las tripas de morcilla y un gancho con el que sujetaban a los cerdos para desangrarlos y luego preparar jamones y embutidos. En la cuadra para los animales también había burros, gallinas y conejos.

Un cuarto pequeño cumplía la función de despensa, donde hoy se exponen una arcuza de hojalata para guardar aceite de oliva, un palo para mover la mezcla de aceite y soda cáustica con que hacían el jabón, y una tabla para lavar la ropa en el río. La alacena está directamente cavada en la pared.

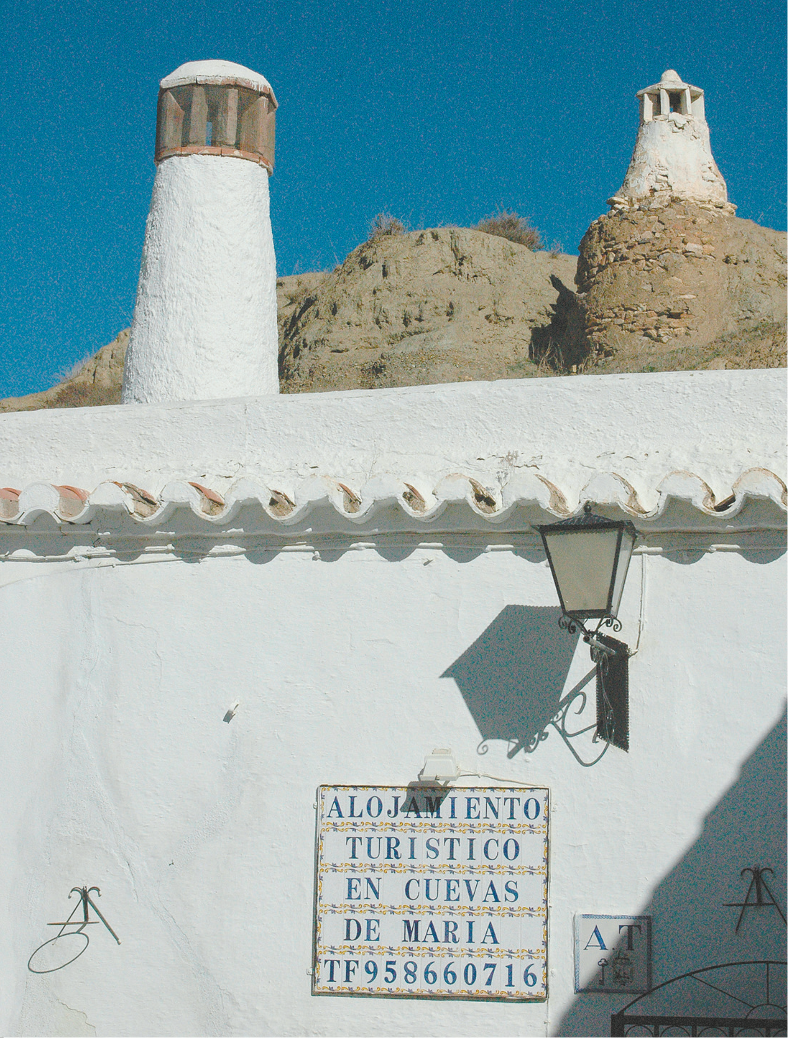
En el cuarto de los aperos de labranza llaman la atención el trillo de cilindros para el trigo y un arado romano que era tirado por mulos y bueyes. Por último, se visitan los dormitorios con cama de hierro, lavabo de madera y hierro con palangana y jofaina, y un candil de latón para la luz.

POR EL BARRIO CUEVA Luego de conocer la cueva museo hay que visitar el barrio cueva, completamente excavado a pico y pala con relativa facilidad, gracias al suelo arcilloso. Muchas son a simple vista casas comunes que brotan de la montaña. A veces no parecen claramente cuevas porque tienen un cuarto exterior, aunque llaman la atención las chimeneas blancas de los respiraderos y los lucernarios que brotan directamente de la montaña. No resulta difícil entrar y recorrer la laberíntica estructura de esas casas, por lo general de gitanos, donde pueden vivir hasta diez per-

COMO CUEVA DE ALI BABA

Las cuevas del Sacromonte tienen su correspondiente mito de origen, que como siempre es más atractivo que la historia real. Cuentan que tras la caída del reino Nazarí muchos nobles árabes emprendieron el camino del exilio hacia tierras africanas. Pero temerosos de perder sus riquezas las enterraron en el Monte de Valparaíso, actual Sacromonte. Enterados de las incursiones nocturnas de sus amos en la montaña, los esclavos negros liberados se habrían lanzado a recuperar los tesoros. Para ello cavaron sin cesar las laderas sin resultado alguno. Y extenuados por el esfuerzo se habrían cobijado en esos huecos a los que más tarde acondicionaron para quedarse a vivir.





Chimeneas y lucernarios emergen del interior de las cuevas andaluzas.


Ventanuco y despensa de la cueva que se puede recorrer en el Museo Guadix.

litas

sonas, aunque a la salida es de esperar un sutil mangazo.

Sobre una población de 20.500 mil personas, unos 5 mil habitan en casas-cueva. Y en el siglo XVII, época de apogeo de la vida troglodita en la zona, se cree que la mitad de la población llegó a vivir dentro de los cerros.

Actualmente las cuevas son las casas de las familias más pobres o de ancianos que las han ido heredando y no quieren cambiar su estilo de vida de siempre. Pero tienen piso de cemento, termotanque, luz y el baño siempre afuera (todavía se usa mucho la escupidera). Y la cocina es eléctrica por los peligros del gas.

Hay casas enormes que ocupan un cerro entero, ya que no hay límites para seguir extendiéndolas, a menos que haya vecinos cerca.

Vivir en una cueva es hoy en día una tradición, pero también una elección que no siempre implica carencias económicas. Muchas parejas de otras regiones de España y del extranjero también compran estas casas como lugar de descanso, ya que además de ser tranquilas resultan muy baratas. Y para quienes deseen experimentar la vivencia por unos días, hay en Guadix varios hoteles cueva con todas las comodidades, así como restaurantes.

DETRAS DEL SACROMONTE

"Dale una limosna, mujer, que no hay nada más triste que ser ciego en Granada", rezan unos azulejos en una pared frente a la catedral de la ciudad de Granada. Y justamente desde ese lugar –elegido de manera arbitraria a decir verdad– se puede iniciar una larga caminata por las intrincadas callejuelas del barrio del Albaicín para subir al Sacromonte por la Cuesta Veredilla, a cuya vera hay cuevas de gitanos convertidas hoy en tablaos flamencos.

A extramuros de la Granada medieval recuperada por los cristianos en el siglo XV, vivían grupos sociales que estaban fuera del control administrativo y el orden eclesiástico, como era el caso de los judíos, los moriscos y también los gitanos, que según las crónicas de la época acompañaban como forjadores a las tropas de los Reyes Católicos. Aquellas cuevas han estado casi siempre habitadas.

Al comienzo de la caminata por el Sacromonte un mexicano de Guadalajara llamado Mali descubre a este cronista, libreta en mano, y lo invita a pasar a su cueva de alquiler. Mientras cuenta sus viajes místicos por la India, muestra con orgullo sus cuartos donde "los viajeros duermen horas y horas disfrutando de un silencio perfecto sin eco y a prueba de todo, por más que afuera llueva o relampaguee. La pieza del fondo, por ejemplo, está 35 metros adentro de la montaña".

Según Mali las cuevas de Granada dejaron de ser definitivamente casas de pobres hace unos 5 o 10 años, cuando "los de dinero se dieron cuenta de la delicia que es vivir aquí". El, por ejemplo, tiene un Porsche rojo que asegura le regalaron unos amigos. "El Sacromonte tiene ahora su lado pijo, bien vestidos unos y mal vestidos otros, pero pijos al fin." Lo cierto es que las cuevas del Sacromonte son cada vez más sofisticadas y hay lujosos restaurantes y tablaos flamencos de buen nivel como el célebre Los Tarantos. Agrega Mali que de hecho "hay una compañía dedicada a hacer cuevas nuevas, que buscan un cerrito desocupado, lo compran y hacen cuevas lindísimas". Y existe, por ejemplo, el oficio de "picaor", quien cava primero con picos eléctricos y hace con las manos el trabajo más fino.

Es frecuente ahora que en vez de blanquear con cal, el interior de las cuevas se revoque con cemento o se afirme con ladrillos abovedados. Incluso existen casas donde se ha cavado un cuarto para instalar el sauna. "Pero eso sí –aclara Mali—, para ver cuevas de pobres tienes que caminar hasta el filo del Sacromonte, tomar un sendero de tierra que cruza la muralla árabe y descender hasta el Barranco del Ahogado, donde está el Barrio San Miguel El Alto."

OKUPAS EN EL ALTO Dejando atrás la mejor vista posible de los palacios de La Alhambra, se llega entonces a uno de los sectores de cuevas más curiosos de la ciudad. Uno cae fácilmente en la tentación de decir que en San Miguel El Alto están las cuevas más auténticas de Granada, "no para turistas". Pero la verdad es que la mayoría de las otras también son auténticas, porque viven familias trogloditas que han heredado sus casas de generación en generación, y que en algunos casos han abierto una posada o un restaurante.

En San Miguel El Alto hay algunas cuevas abandonadas y semi derrumbadas que muchos "okupas" se dedican a reacondicionar a pico y pala para instalarse a vivir. En las setenta y cuatro casas del barrio viven, sin agua y sin luz, "muchos ingleses, alemanes, peruanos, gitanos españoles, marroquíes y australianos, que conviven en absoluta armonía", dice David Manrique, un costarricense. Y aclara que "los que no se integran tanto a la comunidad son los gitanos, quienes viven en clanes familiares muy cerrados, reacios a respetar las normas sociales de los españoles, y que usualmente ni siquiera mandan sus niños a la escuela".

DATOS UTILES

■ Oficina Española de Turismo. Carlos Pellegrini 1163, piso 3. Teléfono 4328-9236. *www.spain.info*
■ En la web: *www.guadixymarquesado.com www.cuevamuseoguadix.com www.turgranada.es*
■ Alojamiento: En Guadix: la habitación doble en Cuevas de María cuesta 55 euros por noche. *www.cuevasdemaria.es*


La nieve cubrió el paisaje de Esquel, tal como lo demuestra esta foto de la semana pasada.


La nevada de este mes anticipa una buena temporada para La Hoya.

ESQUEL *Pretemporada de nieve*

La Hoya se puso blanca

POR GRACIELA CUTULI

Después de las cenizas, la nieve. La Hoya, el centro de esquí de Esquel, se prepara para la temporada que abrirá en junio y da la bienvenida a las primeras nevadas.

Donde hubo fuego, cenizas quedan. Pero ahora en Esquel lo que se ve es nieve, por todas partes. Un manto blanco que tapó las consecuencias de la erupción del Chaitén y promete una buena temporada en La Hoya, su centro de esquí, con apertura prevista para fines de junio. El optimismo es la palabra del día, de la mano de la nevada que dejó blancos los techos, jardines y casas de Esquel, y de los vuelos que aumentarán la conexión del centro de esquí con el resto del país durante todo el invierno (tres vuelos semanales de Andes a Esquel, a partir del 29 de junio, y tres vuelos de Aerolíneas Argentinas, con uno directo todos los viernes).

El anticipo nevado de este otoño cambió el ánimo en la ciudad y mejoró las perspectivas, mientras en La Hoya siguen normalmente los trabajos que, como cada año, permitirán que las familias y esquiadores se encuentren con instalaciones renovadas y ampliadas. El centro de esquí, situado a sólo 13 kilómetros de la ciudad, tiene laderas orientadas al sur, que provocan menor exposición solar en las pistas y por lo tanto la prolongación de la temporada hasta mediados de octubre.

NOVEDADES Y ACTIVIDADES Para este año, La Hoya remodelará el Refugio del Esquiador y el Café del Fogón, y se crea también un nuevo espacio para la Escuela Infantil de Esquí Zorro Juan, con una guardería para niños hasta dos años, un microcine y la renovación total del parque de nieve infantil. También se esperan cambios en La Hoya Ski & Snowboard Rental, con la incorporación de un área específica para alquiler de equipos de snowboard, y el nuevo eSPAcio Express, que tienta con "masajes en silla", "faciales express" y "foot masaje".

Así como el centro es uno de los favoritos de quienes practican esquí fuera de pista, también lo es para las familias, ya que la convergencia de las pistas es un excelente factor de seguridad. Por eso también la belleza de la comarca esquelina invita a distintas excursiones por las formaciones geológicas, los ríos y las montañas de los alrededores (sin olvidar que un buen té galés en Trevelin es una reconfortante experiencia antes de volver a asomar las narices a la nieve).

Entre las numerosas actividades que propone la región hay cabalgatas desde la Chacra Los Alamos, pensadas para la familia y con tiempos que pueden elegirse entre una hora y varios días; la excursión de día completo a Piedra Parada, una imponente piedra de origen volcánico de 210 metros de altura, situada en medio del valle del río Chubut; las actividades de canopy para trasladarse por las plataformas situadas a la altura de las copas de los árboles en una zona boscosa cercana al Parque Nacional Los Alerces; las visitas en bicicletas todo terreno para internarse por los espléndidos paisajes de la región. Para una tarde tranquila, se puede elegir la caminata al Cañadón de Borquez, un sendero de dificultad media que puede hacerse autoguiado en menos de dos horas, o bien acompañado por guías locales. En auto, en cambio, una opción es la vista panorámica que ofrece la laguna La Zeta, a sólo cinco kilómetros de Esquel: y si se sigue unos diez kilómetros más se llega al paraje Alto Río Percy, donde jóvenes residentes en el lugar se encargan de guiar una encantadora caminata por las alturas a orillas del río. En la variedad está el gusto, y antes o después de una buena jornada de esquí Esquel invita a descubrir así su comarca, variada y hospitalaria.

DATOS UTILES

- Temporada 2008 en La Hoya: 19 de junio al 12 de octubre.
- Superficie esquiable: 60 hectáreas, 24 pistas con una extensión de 22 kilómetros.
- Medios de elevación: diez, con transporte para 4400 esquiadores por hora.
- Secretaría de Turismo de Esquel: 02945 - 451927/453145 (Chubut) *www.esquel.gov.ar*


El centro de esquí en temporadas anteriores.

TEXTO Y FOTOS DE GRACIELA CUTULI

Cuando termina el verano, sobre este lado de las sierras parece que ha vuelto el silencio. Aquí, "donde da la vuelta el aire", el verde estival dio paso a un tono ocre con pinceladas de rojizo y dorado: es el color del otoño, que se anuncia en el viento fresco que baja de las altas cumbres y los días cortos que preceden al invierno. Tan inmutables como siempre, como indiferentes a la nieve que pronto terminará de pintar el cuadro, las sierras dominan el paisaje: y sobre ellas el Champaquí, el pico más alto de Córdoba, con sus casi 2800 metros. Aunque el verano cordobés es delicioso, gracias a la frescura de los arroyos y el sombreado verdor de los montes, esta estación tiene el encanto de la naturaleza que empieza a guardarse hasta la próxima primavera, y de ese tiempo que parece pasar despacio como para no perderse ninguno de los rincones de la ruta de Traslasierra.

PRIMERA ETAPA, DE SAN JAVIER A LA VIÑA Antiguamente, esta ruta era parte del Camino Real al Alto Perú, y San Javier y Yacanto el corazón de las viejas estancias fundadas por los primeros pobladores. Eran los pioneros de un estilo "slow" que hoy se hizo moda, pero que aquí impera desde siempre porque es la naturaleza la que impone su ritmo, a paso de burro e inundada de aroma a hierbas. Aquí y allá, San Javier se declina en casas de reminiscencias inglesas y casonas con paredes de adobe, aún intactas; para los turistas, los servicios esenciales se encuentran unos a pasos de otros, junto a la plaza y la iglesia, que se pierden luego en una trama de arboladas calles de tierra.

En la localidad vecina, fueron los ingleses –enamorados del lugar, que elegían para descansar durante los años de la construcción del ferrocarril– quienes impulsaron la construcción del Hotel Yacanto sobre lo que era un molino harinero: este hotel, con su golf y sus jardines, es hoy uno de los más clásicos de una región proclive a la discreción y a la elegancia agreste. Aunque desde aquí se puede intentar la subida al Champaquí, un esforzado trekking de varias horas es una actividad mejor para el verano: en esta época, Traslasierra invita a las caminatas en busca de hierbas, al ambiente templado de las casas de té que tientan con picadas artesanales, y a la búsqueda de recuerdos de alfarería y tejidos para abrigar el próximo invierno. Sin olvidar que este valle privilegiado es terreno fértil para los nogales y los olivares: aquí se producen aceites de oliva extra virgen que brillan como oro vegetal, como si encerraran en sus botellones todo el sol de las sierras.

Avanzando en la ruta hacia Nono, uno de los más hermosos parajes es el camino sinuoso que se interna hacia el dique La Viña, una



El dique La Viña. Una muralla de 317 metros de largo y un lago de más de mil hectáreas.



Una gama de rojizos y dorados "pintan" el apacible otoño cordobés.

CORDOBA *A la sombra del Champaquí*

Otoño serrano

El otoño viste con una romántica paleta de colores las sierras cordobesas. Del "otro lado" de la Sierra Grande, el rosario de pueblos que se extiende entre Yacanto y Villa Cura Brochero invita a un recorrido teñido de sabores y tradiciones.

obra impresionante con un lago de más de mil hectáreas y un paredón de 317 metros de largo, que requirió no menos de tres millones de metros cúbicos de hormigón para hacerle frente a la fuerza del agua. Las descripciones se quedan cortas ante la imponencia del lugar, que sorprende por lo escondido y por las dimensiones: esta obra, y el camino de las Altas Cumbres para atravesar la Sierra Grande, son las dos principales de la ingeniería cordobesa durante todo el siglo pasado. Ajenos a las hazañas, los turistas lo aprecian para pescar pejerreyes o embarcarse sobre ligeros kayaks que cruzan la superficie del lago casi sin dejar rastro.

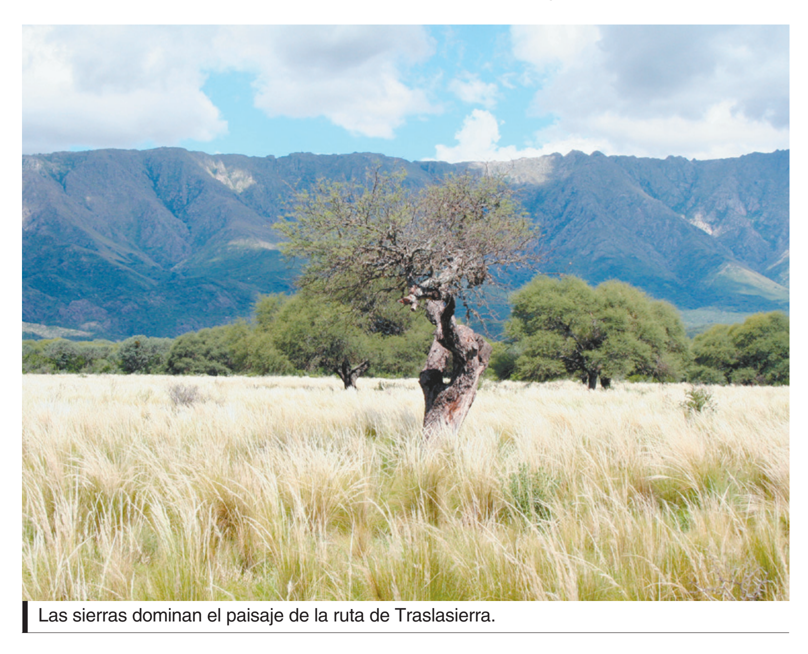
LOS RELIEVES DE NONO

Pasando Las Rabonas, se divisan a la izquierda del camino dos conos de forma inconfundible: son "los nonos", dos montañas con silueta de pecho femenino que inspiraron el nombre del pueblo. Entre los numerosos complejos de cabañas, que crecen día a día, un caminito de tierra lleva hasta Eben Ezer, un local de elaboración y venta de licores artesanales. Sabores tradicionales –frambuesa, naranjas, limón– se suman a curiosas pero exquisitas combinaciones como el licor de apio, nuez y almendras. En los estantes repletos de botellas de colores misteriosos se suceden los frascos de dulces, los alfajores de fruta, los jarabes de frutilla y de arándanos... felizmente, está prevista una degustación que siempre termina con un par de licores sumados a la mochila.

Algo más adelante, vale doblar e internarse en los caminos bordeados de espinillos para llegar hasta las orillas del río de los Sauces, al pie de los nonos, que parecen casi al alcance de la mano. Los sauces en cuestión susurran despacito sobre el agua, y de vez en cuando se deja oír el único rumor que interrumpe el silencio: el canto de algunos pájaros. Es como un lugar encantado, no por lo extraordinario, sino por la tranquilidad con que la naturaleza se adueña del horizonte. A un lado, el río; del otro, la Sierra Grande, que a cada hora del día va tomando un tono distinto. Este río es el mismo que se vuelca en el dique La Viña; más arriba, sus aguas nacen donde se unieron el Panaholma y el Mina Clavero, entre paredes encajonadas que apresan al río y lo convierten, rebelde, en una sucesión de remolinos y rápidos.

En Nono, la plaza tranquila con su iglesia al frente es un buen lugar para la hora de un café. Luego, hay que seguir viaje hacia Cura Brochero, en las afueras de Mina Clavero. Esta ciudad –que originariamente fue bautizada como Villa del Tránsito– es una de las más antiguas de Traslasierra: hoy lleva el nombre del "cura gaucho" pionero de la región, que a fines del siglo XIX se hizo paso entre las montañas para llevar agua, evangelización y ayudas a los aislados pobladores del oeste cordobés. Desde hace varios años, se le rinde homenaje con la Cabalgata Brocheriana, que une Traslasierra con Córdoba a través del mismo camino que el cura ayudó a abrir, transitándolo pacientemente a lomo de mula: el camino de las Altas Cumbres. Ese camino, que se toma a partir de Mina Clavero, atraviesa las Sierras Grandes por bellísimos paisajes que van desde las primeras estribaciones de la sierra hasta el acceso al Parque Nacional Quebrada del Condorito y la Pampa de Achala. Kilómetro a kilómetro, se suceden los miradores sobre paisajes que permiten perder la vista entre los vericuetos de las montañas y las rocas: y seguramente allá a lo lejos, en la inmensidad del cielo, se podrá distinguir el vuelo majestuoso de algún cóndor que da la bienvenida a su inmenso territorio.

Al concluir el recorrido, se habrán dejado atrás los 2200 metros de altura de la ruta, su clima cambiante, sus piedras matizadas de brillante mica: aquí, de este lado, están la capital provincial y las grandes ciudades turísticas surcadas de ríos, arroyos y embalses. Un capítulo más en el largo libro del turismo cordobés.



Las sierras dominan el paisaje de la ruta de Traslasierra.

DATOS UTILES

- Informes turísticos en Mina Clavero: (03544) 470171/470241. En Internet: *www.minaclavero.gov.ar*
- Informes turísticos en Nono: tel.: 03544 49 8040. En la web: *www.nono.arg.net.ar*
- Agencia Córdoba Turismo: tel. (0351) 4348260/64.



Todas las mañanas, las concubinas dedicaban horas a su aseo, peinado y maquillaje.

JAPON *En el castillo de Edo*

Doncellas y concubinas

Lujo, sumisión, intrigas, pero también poesía, teatro y danza. Así pasaban los días las mujeres recluidas en el gineceo del shogún de Japón a fines del siglo XIX, tal como lo describe la escritora Lesley Downer en su novela *La última concubina.*

POR LESLEY DOWNER *

El castillo de Edo era el Versalles japonés. Un enorme complejo de construcciones de cerca de dos kilómetros de ancho y casi trece de perímetro, que dominaba la gran ciudad de Edo, el Tokio de nuestros días. En él habitaba el shogún –el "generalísimo", el título de los personajes que mandaban en Japón en representación del emperador– y, con la ayuda de un ejército de funcionarios, gobernaba el país.

Pero, a diferencia de Versalles, nunca se veía a las mujeres mirando coquetas por encima de los abanicos. Como en la Ciudad Prohibida de Pekín, y como en los serrallos de los sultanes otomanos, las mujeres del castillo de Edo vivían recluidas. A los visitantes se les permitía pasar sólo hasta el límite del *omote*, el palacio exterior, donde los burócratas trataban los asuntos de Estado. Más allá estaba el *naka-oku* o palacio medio, la residencia del shogún y sus sirvientes personales. En el extremo opuesto se elevaba un sólido muro que atravesaba el complejo de edificios, con una única entrada. Sólo un hombre podía cruzarla: el shogún.

El *o-oku*, el "gran interior" o palacio de las mujeres, era mayor que el *omote* y el *naka-oku* juntos. Allí vivían alrededor de tres mil mujeres y todas, desde la más alta dama hasta la más humilde sirvienta, debían jurar que nunca iban a revelar sus secretos, ni siquiera a sus parientes más cercanos. Y la mayoría nunca lo hizo.

Los planos del palacio muestran que estaba dividido en tres secciones: el ala en la que la mujer del shogún tenía sus estancias, una zona de trabajo donde las damas funcionarias se encargaban de la administración cotidiana y –la parte más grande con diferencia– las habitaciones privadas de las mujeres y sus doncellas. En total había más de 400 habitaciones y pasillos. Sólo las damas de más alto rango y las que conseguían quedarse embarazadas de un hijo del shogún tenían aposentos propios. Las demás debían compartirlo.

El palacio era un mundo en sí mismo, con bosques y jardines, riachuelos y barcazas laqueadas en rojo. Las damas se entretenían con concursos de escritura poética, ceremonias del té, adivinando olores y emparejando conchas. Representaban obras y mascaradas, y organizaban banquetes bajo los cerezos en flor en primavera, o danzas en pleno verano, y recogían setas en otoño.

Como no había guardianes, las mujeres eran responsables de proteger al shogún. Muchas de ellas eran expertas en el uso de la *naginata* –la lanza del largo mango—, una hoja larga y curva, tan afilada como una cuchilla encajada en el extremo de un palo más largo que una espada. Con esta arma tenían la oportunidad de dar a un hombre un buen tajo en las piernas antes de que pudiera acercarse. La mayoría de las mujeres aprendía a luchar desde la infancia, y se enorgullecían de su habilidad con las armas. Llevaban uniforme: una gruesa chaqueta de paño negra, unos tiesos pantalones negros de pinzas y una gorra negra de seda rodeada por una cinta blanca; y había una sala de entrenamiento en el palacio donde podían practicar.

Todas las mañanas, las concubinas dedicaban horas a su aseo, se preparaban para las tres visitas diarias del shogún. La primera tarea era afeitarse las cejas y repasarse el tinte de los dientes. En esa época, las mujeres adultas se ennegrecían los dientes con una tintura a base de resina de zumaque, sake y hierro. Una mujer con los dientes sin pintar hubiera parecido tosca. A renglón seguido, una sirvienta pintaba el rostro de la dama con un maquillaje blanco. Le perfilaba los ojos en negro. Aplicaba colorete en las mejillas y le retocaba los labios con pasta de cártamo rojo; a continuación perfumaba, untaba con aceite y cepillaba la melena larga y brillante, que recogía en un moño. Había diferentes estilos de peinado que indicaban el rango, así como diferentes estilos de quimonos.

A medida que el reloj se acercaba a las diez de la mañana, y luego nuevamente a las dos y a las ocho de la tarde, una gran agitación y ajetreo se apoderaba del palacio. Las mujeres de más alto rango lo atravesaban entre frufrús hasta llegar al pabellón de la Campana Superior, que desembocaba en la doble puerta que separaba las residencias de los hombres de las mujeres. Cuando los tambores del castillo señalaban la hora en punto, unas monjas con la cabeza rasurada que ejercían de funcionarias hacían tintinear el manojo de campanas que pendía de la puerta. A continuación quitaban los candados, descorrían los cerrojos y abrían la puerta. Por ella sólo pasaba un hombre: el shogún. La razón de que allí no pudiera entrar ningún otro hombre era la de garantizar que cualquier niño que naciera fuera hijo del shogún, y no de ningún otro.

Mientras hacían una reverencia hasta el suelo, las palabras que cualquiera de las jóvenes esperaban oír eran "¿cómo se llama?". Este era el código que indicaba que habían llamado la atención del shogún, y que éste quería pasar la noche con ellas.

Oficialmente, todas las concubinas procedían de familias nobles. Sólo a la nobleza se le permitía estar en presencia del shogún, pero en la práctica era muy frecuente que el mandatario echara el ojo a una muchacha encantadora entre las sirvientas de más bajo nivel o incluso en la calle.

Cuando el shogún se acostaba con una concubina, primero había que desnudar y registrar bien a la muchacha, para asegurarse de que no llevaba en su cuerpo o en su largo y esplendoroso cabello armas o notas. No se permitían las horquillas, las peinetas tenían que ser examinadas para comprobar que no tenían un filo cortante. Si era la primera vez de la muchacha, una de las damas mayores verificaba que era virgen. Una vez que ella y el shogún estaban en la cama, dos damas se tumbaban despiertas a ambos lados de la alcoba, y dos más se quedaban escuchando tras unos biombos cercanos, para asegurarse de que la muchacha no realizaba petición alguna ni para sí ni para su familia.

Tanta formalidad resultaba igual de opresiva para el shogún que para su concubina. Los primeros shogunes solían pasarse mucho tiempo en el baño, donde sólo había una alegre chica de clase humilde que le refregaba la espalda. Son bastantes los niños que nacieron de esas ayudantes del baño. Con el tiempo se puso fin a estas prácticas, y desde entonces los shogunes tenían que bañarse en el palacio de los hombres. Esposas y concubinas se retiraban de sus deberes maritales a los 30 años, y muchos niños morían, de modo que había una necesidad constante de nuevas concubinas. Hubo un shogún que destacó sobre todo los demás por sus dotes amatorias: Ienari tuvo a lo largo de su vida, entre 1773 y 1841, 53 hijos de 27 concubinas.

Salir a rezar era la única ocasión en la que se permitía a las mujeres abandonar el palacio. A lo largo de los años, muchas mujeres irritadas por su castidad forzosa, encontraron el modo de sacar partido de ello. La tentación de apartarse de la norma era en ocasiones irresistible, a pesar de que los castigos eran muy severos. Los grandes baúles que se utilizaban para introducir quimonos y otros artículos en el palacio eran lo suficientemente largos como para esconder a un hombre, y en ocasiones lo hicieron. Actores de kabuki –muchos de los cuales ejercían además como prostitutas– se colaban a menudo en el interior del palacio, del mismo modo que las mujeres se las apañaban para salir. Pero la mejor ocasión era cuando las damas invitaban a sus doncellas a una obra de teatro kabuki de regreso al palacio.

En 1714 se produjo un famoso incidente cuando Ejima, una de las mujeres más veteranas del palacio, llevó a sus doncellas al teatro. Allí recibió las atenciones de un apuesto actor de kabuki llamado Shingoro Ikushima. La leyenda cuenta que se reunieron una y otra vez, y que Ikushima incluso entró en el palacio de las mujeres escondido en un baúl. Cuando pillaron a Ejima, ella e Ikushima fueron enviados al exilio por separado. Ejima abandonó el palacio por Fujomon, la Puerta Sucia, una pequeña entrada lateral que se usaba sólo para los que morían en palacio o caían en desgracia. Ejima la atravesó descalza, con un sencillo sayo blanco. Su familia tuvo que rendir cuentas por su mal comportamiento y deshonra, y a su hermano se le condenó a muerte mediante el haraquiri.

En 1861, la princesa Kazu, la hermana del emperador, llegó al palacio de Edo para convertirse en la esposa del decimocuarto shogún. Ambos tenían 15 años y nunca se habían conocido. La relación de la princesa con el shogún adolescente fue complicada. No tuvo hijos, pero cuando el shogún partió para la guerra, le dio un regalo para asegurarse de que tuviera un heredero: una concubina.

Nadie podía imaginarse que el shogún jamás regresaría. Al poco tiempo de su partida, en 1868, el castillo se rindió, el palacio fue clausurado y a las mujeres las pusieron de patitas en la calle. Así fue como la muchacha que Kazu entregó a su marido se convirtió en la última concubina de los shogún.

* Fragmento de su novela *La última concubina*, Ed. Seix Barral, publicado en El País Semanal.